

ENEMIGOS DEL ESTADO Y DE LA PERSONA HUMANA

Cayo Suetonio narra el enlace de los vicios o perversión de los individuos con el Estado en sí mismo. Y evidentemente él lo juzga de modo negativo y lamentable. Esa excelencia moral del individuo (con la cual juzga a su degeneración) es lo más grande para él mismo y para el estado ampliamente desarrollado. (Abandonada dicha grandeza, todo se pudre). En otro artículo afrontaremos el lugar de la Divinidad en este entramado. ¡No queremos pensar que el cristianismo en nuestras manos haya declinado de su excelencia inigualable a una extendida miseria en todo orden de cosas; sobre todo es lamentable si pensamos que destrozamos todo un proyecto divino!

El resultado del abandono de la formación de hombres y mujeres excelentes trae amargos resultados; es al fin y al cabo una profanación dejar a las personas en un lodazal de ruda vulgaridad; sobre todo siendo como son por naturaleza capaces de tanta grandeza ya que Dios mismo la creó para toda inmensidad.

Suetonio muestra el caso de Roma, tan extendida, y tan llena de canallas entre grandiosos monumentos. ¡Qué fracaso más tremendo, ver dentro de tanto palacio, como un rebaño de bestias, a los reyes del mundo!

“En una ciudad tan grande y tan estragada por las costumbres, fue cosa muy fácil a Catilina tener cerca de sí, como por guarda, tropas de facinerosos y malvados. Porque cuando con sus insolencias, adulterios y glotonerías habían destrozado sus patrimonios; cuantos por redimir sus maldades o delitos habían contraído crecidas deudas: fueron en esto, los parricidas de todas partes, los sacrílegos, los convencidos en juicio

o que por sus excesos temían serlo; los asesinos, los perjuros y finalmente aquellos a quienes algún delito, o pobreza, o su conciencia traía inquietos, eran los allegados y amigos de Catilina. Y si por accidente entraba en su amistad alguno libre aún de culpa, con su cotidiano trato y añagazas se hacía en breve igual o semejante a los demás. Pero entre estas amistades, ninguna apetecía tanto como la de los jóvenes, que por lo tierno y ocasionado de su edad, caían fácilmente en sus lazos; porque según la pasión que más reinaba en ellos, a unos presentaba amigas, a otros compraba perros y caballos; en suma no perdonaba gasto alguno ni se avergonzaba por nada, a trueque de tenerles obligados y seguros para sus ideas”.

En este texto se supone ya un estado social de degeneración moral. Al mismo tiempo esos vicios siguen aumentando con su fuerza y la palabra que adoctrina en el camino de la perversidad, se sigue así galopante la expansión del mal. ¡Oh la condición expansiva del bien y del mal en manos de la propia humanidad; qué peligro, qué horror viene detrás; qué horror es en si mismo el propio vicio que orada las alas de la genialidad!

Este estado romano desde que sus ciudadanos han dejado de tener la excelencia moral, cada vez esa expansión es una epidemia infecta que avanza; y su grandeza es huera; y su fortaleza, un huracán de miseria.

Ante esto, si alguien en la tierra queda con buena voluntad, ha de saber que es preciso más que nada y sobre todo, gobernar a las personas, multiplicar la escuelas donde se enseñe a ser grandes, a ser hombres de bien. Y si no se hace este trabajo, todo lo demás es veneno, que no hará otra cosa que multiplicar el fuego que no dejará nada entero.